



# Creación & Crítica

16

Septiembre 1973

AÑO DE LAS 200 MILLAS

Lima-Perú

*conrad aiken*

## PRELUDIO XIV

—¿Dices que te fuiste hasta el borde, y regresaste a salvo? Algunos no han sido tan afortunados,— algunos han caído. Los niños van fácilmente allí, de risco en risco, de saliente en saliente —donde hasta la cabra es cautelosa— y hacen de ello un deporte... Arrojan piedrecillas, siguiendo, con ojos imperturbables, la larga curva, la lenta y larga curva exterior, hacia el abismo, tan lejano como el ojo puede ir; y ellos mismos regresan, despreocupados, al presente... Pero ¿has estado tú allí, también? —Yo vi a lo largo el pino desafiando el espacio, que en la última sobresaliente roca ha sujetado sus poderosas raíces. Allí estuve también: bajo ese árbol me paré: mi mano contra su resinosa corteza: mi rostro vuelto hacia afuera y hacia abajo, al reino cuatro veces repetido.

El viento rugió de todos los cuádruplos. La catarata pareció descender del cielo. El potente sonido de los elementos precipitados, —tierra, aire y agua— el lamento de las águilas, chirrido de piedras cayendo; éstos fueron el espantoso lenguaje de aquel sitio. Yo lo entendí mal, pero comprendí.

—¿Lo comprendiste? Dime, entonces, su significado.

¿Fue eso todo, nada, o algo?

¿Caos, amor divino, vacío?

¿Agua y tierra, aire y fuego solar?

O de otro modo, ¿una pregunta, simplemente? —Agua y fuego hubo y aire y tierra; allí hubo vacío también; todo, y nada, y algo también, y amor.

Pero estas pobres palabras, estos quejidos nuestros, en los que esforzamos la mímica, con gargantas y lenguas tensas, los procreantes y desenfrenados elementos, ¡Ay, qué despreciables son! Por lo que vi.

—¿Qué viste? —Me vi a mí mismo y a Dios.

Vi la desolación en la que la divinidad vive:

Informe vasto: el esparcido naufragio del mundo:

Tristeza insondable: miseria sin límites.

Escuché sollozando, pero también escuché alegría.

Despojos de naufragio vi, pero también vi flores.

Odio vi, pero también vi amor...

Así es como me vi a mí mismo.

—¿Y esto solamente?

—Y esto solamente te espera, cuando tú desafías ese borde puro donde el horror cuelga y tiembla contra la piedra cayendo; y, mirando abajo, busca el oscuro reino. Es a ti mismo a quien vienes,— y eso es Dios. Semilla de semillas: simiente para desastrosos e inmortales mundos.

Es la respuesta que ninguna pregunta interrogó.

## PRELUDIO XXIX

¿Qué deberíamos hacer, qué deberíamos pensar, qué deberíamos decir?  
Por qué, como el azafrán hace, en una mañana de marzo,  
con tal forma y brillo; tal fragilidad;  
tal blanco y oro, y fuera de tal tierra.

O como la nube hace en el viento noreste,  
fluente y sin forma; o como el árbol que se marchita.

¿De qué somos hechos, ramera, sino de éstos?

Nada. Somos la suma de todos estos accidentes,  
todos nuestros días compuestos de idiotas bagatelas,

Lo esto, lo eso, lo otro, y lo próximo;  
lo que x o y dijeron, el viejo tío pensó;

si llovió o no; y a qué hora;

si el budín tuvo dos huevos o tres,

y aquellas a quienes amamos fueron damas... ¿lo fueron?

¿Y leyeron ellas los libros apropiados, sonrieron  
con las apropiadas personas, en los apropiados tés?

O Cristo y Dios y todas las cosas decentes,  
Déjennos arrojar estas tonterías y ser purificados.

No hay duda que haremos, como siempre,  
tal como el azafrán hace. No hay duda

que tu Elena de Troya es todo lo que ella ha visto;  
toda inmundicia, toda belleza, todo honor y engaño.

La tela de araña colgará en su mente brillante;  
la mosca muerta muere allí dolosamente; y la rata

encuentra alcantarillas a su gusto. Ella caminará  
en tal mundo como si éstos pudieran dar,

esto del momento, el mundo loco de espejos  
y memoria corrosiva. Ella sabrá

la lascivia de la cucaracha y el gusano,

la química de la puesta del sol, las semillas impuras  
colocadas por el intelecto en el corazón simple...

Y sabiendo todas estas cosas, ella será ella.

Ella será también el amanecer en los tallitos de hierba,  
pero no hagas caso de ello. Será también

la infinita ternura de la voz de la mañana,

pero no hagas caso de ello. Ella será también  
el simple grano del olmo, y el ahinco del agua,

giros en arena y humo, viento en los helechos,  
los brillantes y fijos ojos de las muñecas... Y esto es todo.

I

El invierno por un momento llama la atención; la nieve cae por el farol; cerriones guardan una pared; el viento gime por la rajadura de una ventana; una clara chispa de granizo está en el alféizar. Sólo por un momento; como si la primavera también pudiera comprometerlo,

un solo azafrán en la tierra, o un par de pájaros; o el verano con la hierba caliente; o el otoño con una hoja amarilla. El invierno está allí, afuera, está aquí en mí:

Reviste los planetas con nieve, profundiza el hielo en la luna, oscurece la oscuridad que ya fue oscuridad.

La mente también tiene sus nieves, sus deslizantes senderos, paredes bayoneteadas con hielo, hojas en hielo incrustadas.

Aquí está la habitación atraída, a la cual tú regresas cuando el viento sopla desde Arcturus: aquí el fuego en el que tú calientas tus manos y abrillantas tus ojos; el piano, en el que tú tocas el frío tiple; cinco notas como quebrando carámbanos; y luego silencio.

El reloj despertador con su sonido, el pulso marca el tiempo con él. La noche y la mente están llenas de sonidos. Yo camino de la chimenea, con su imaginario fuego, a la ventana, con su imaginaria vista.

Oscuridad, y nieve tocando en la ventana: silencio, y el golpe de cadenas en un automóvil, el repicar de una campana de bronce, dedicada a Cristo.

Y luego el despegue de alas angélicas, el batir de alas demoníacas, desde el abismo de la mente

La oscuridad llena de leves silbidos, alas innúmeras como hojuelas de angélica nieve, el hondo vacío enjambrado de alas y sus sonidos, aventando el caos, lo vivo

de lo profundo, profundo y profundo dedicado a la muerte.

Aquí están las escaramuzas de lo inconsecuente, los chirridos de lo ridículo, las repeticiones

de lo no significativo. La memoria, como un malabarista,

arroja sus bolas de colores a la luz, y otra vez las recibe en la oscuridad. Aquí está lo absurdo, sonriendo como un idiota, y lo omnívoro cotidiano, que tendrá su día. Un puñado de monedas, boletos, artículos de los periódicos, un pañuelo sucio, una carta por contestar, el aviso de una llamada telefónica, el pétalo de una flor en un volumen de Shakespeare, el programa de un concierto. La fotografía, también, apoyada en la repisa, y detrás de ella un seco botón de rosa; la cuenta de la lavandería, fósforos, un cenicero los pescadores de perlas de Utamaro.

Y la alfombra, en la cual todavía están las migajas del banquete de ayer. Estos son el vacío, la noche, y las alas angélicas que lo hacen sonar.

¿Qué es la flor? No es un lamento de color, ni el suspirante morado, ni el silbido azafranado, tampoco la dorada exhalación de la tumba.

Sin embargo lo es porque tú piensas en ellos, una emanación de emanaciones, frágil como la luz, o el reflejo, o el centelleo, o el resplandor, creación de lo brillante, y como lo brillante breve.

¿Qué es el granizo? No es el vislumbre de la muerte, el resplandor del ala del tiempo, semillas de eternidad;

Sin embargo lo es porque tú piensas en ellos.

Y tú, porque piensas en ellos, eres ambos: granizo y flor, la sílaba ambigua y brillante cuyo significado es tanto no como sí.

Aquí está lo trágico, el espejo tergiversador en el que tu gesto se vuelve grandioso; lágrimas se forman y caen de tus magnificentes ojos, la frente es noble, y la boca es de Dios.

Aquí está el Dios que busca a su madre Caos; Confusión, buscando solución, y vida buscando muerte.

Aquí está la rosa que corteja al carámbano; el carámbano que corteja a la rosa. Aquí está el silencio de los silencios que sueña convertirse en un sonido, y el sonido que se perfeccionará en silencio. Y todas estas cosas son solamente el despegue del vacío, las alas angélicas y demoníacas, el sonido del abismo dedicado a la muerte. Y esto eres tú.

*PRELUDIOS PARA LA DEFINICION  
TIEMPO EN LA ROCA XCIII*

O también, en una tarde de menor reflexión,  
la salvaje puesta de sol dominada, y en tu jardín  
las rayas brillantes bajo tus pies, engañan  
tú piensas, paso a paso, cuán fácilmente  
el genio del hombre puede componer una oda a la muerte.  
La madre selva baja sus zarcillos de pared  
y trata de abrazarte, los arbolitos semilleros  
rompen la tierra conforme miras y pareces aproximarte,  
el tordo se adhiere con frías garras de serpiente  
a su rama favorita y canta. ¿Qué puedes decir  
que éstos no hayan dicho, no estén diciendo,  
con tu inconciencia de tiempo? El tiempo  
vibra con el zarcillo, canta en el gorjeo, se adhiere  
con la garra del ave, es el tiempo  
quien se impele como el ojo de una hoja desde la tierra fría.  
Estos ya conocen a la muerte, en la mera aventura,  
en el simple aparecer ellos saben y la buscan gustosamente,  
la abrazan fuertemente, ¿qué puedes decir  
que no sea conocido a las frías garras del tordo?  
Tu oda a la muerte no está en una frase,  
ni en un himno a la oscuridad, ni en un conocimiento  
de lo sin tiempo, o la triste iteración  
del tiempo. Tu oda a la muerte está en el levantar  
una sola pestaña. Levántala y mira.

*"SOUTH END"*

Las bancas están rotas, las áreas verdes marrones y desnudas,  
los laureles abatidos, en esta plaza descuidada.  
Los perros se juntan tranquilamente. Las raíces de los árboles  
empujan los ladrillos de la vereda a su gusto.

Nadie recoge los papeles del pasto,  
ni los fósforos muertos, ni los vidrios rotos.  
Los olmos son viejos y desarrapados; las casas, alrededor,  
mirán lánguidamente a través de los postigos despintados al  
campo olvidado.

Afuera de la fuente polvorienta, con el polvo,  
las hojas vuelan como pájaros en una ráfaga.  
Las hojas vuelan como pájaros, y los papeles aletean,  
o se envuelven y se desenvuelven alrededor de las patas de  
las bancas.

Aquí, para el beneficio de algún secreto sentido,  
la tarde-caliente-del-otoño encuentra permanencia.  
Nadie se apurará, o esperará demasiado, o mirará:  
todo es serenidad, bajo un cielo sereno.

La dignidad brilla en ladrillo viejo y en vieja suciedad,  
en olmos y casas ahora dañadas más allá de todo daño.  
Una plaza quebrada, donde poco vive o se mueve;  
éstos son los amoríos más jóvenes y tiernos de la ciudad.

## *falsos haikús del verano*

Entre los más famosos e importantes diarios poéticos japoneses figura el **Izumi Shikibu Nikki** (**Diario de Izumi Shikibu**), texto que data aproximadamente del año 1005 de nuestra era, según Earl Miner (**Japanese Poetic Diaries**. Berkeley and Los Angeles University of California Press, 1969, p. 15). Consultando esta versión con la que ofrece el estudioso peruano Jaime López Bárcena en su tesis doctoral hasta ahora no publicada ("The **Izumi Shikibu Nikki**: A Critical Study and Translation". The Texas University at Austin, 1956, 454 pp.) descubrí, de modo muy casual, unos textos poéticos (pp. 414-416) que no aparecían en la traducción de Miner; Bárcena (que inexplicablemente traduce el original al inglés, y no al español) agrega una nota a esa breve serie de **haikú** y hace una curiosa salvedad: afirma que, aunque puede tratarse de una interpolación, ha sido tradicionalmente atribuida a Shikibu, lo que parece contradictorio por su omisión en el libro de Miner, que ni siquiera cree necesario justificarla.

Aunque el caso es digno de especialistas, me permito afirmar que por su tono e intención —no por la temática, muy corriente en este tipo de diarios— la serie no conserva los rasgos que definen la personalidad poética de Shikibu. Por considerarlo una curiosidad y sin entrar en la ardua cuestión de su paternidad, he intentado traducir la serie. Por cierto, el paso del japonés al inglés y del inglés al español, supone una doble traición, un irremediable alejamiento del ya remoto original, que no conozco: si algo queda de él, es índice de los altos méritos del conjunto, y quizá de la fidelidad de Bárcena. Algo más: en la serie hay un **haikú** de cuatro versos, que escapa al clásico esquema tripartito de la estrofa, anomalía que agregó más encanto y perplejidad a mi tarea. Bárcena tampoco aclara la irregularidad; igual que él decidí, arbitrariamente, considerarlo como un **haikú** más.

El título, naturalmente, es mío.

J. M. O.



- 1 La fina gaviota se precipita  
como una flecha sobre el aceite del mar.  
Su salpicadura apaga mi expectación.
- 2 Soledad total, curva perfecta  
de la bahía brumosa.  
El círculo de calor me enceguece.
- 3 Por la mañana,  
la playa todavía no hollada.  
¿Me levanté para ver eso?
- 4 Sucesión de olas y rizos,  
piedras que van y vienen por la arena.  
Persistente sensación de inutilidad, de belleza.
- 5 Expreso mis deseos:  
renunciar, no ver más a gente que detesto,  
volver a ser yo mismo. ¿Yo mismo?
- 6 Nada es comparable:  
la piedra es la piedra, el sol es el sol.  
Cuando reitero, creo.
- 7 La fealdad del mundo me acosa,  
el ruido y la negra luz son insoportables.  
¿Cómo haré para vivir?
- 8 Pocas cosas me suceden.  
Mis días están previstos.  
Sé perfectamente lo que es la muerte.  
  
El ruido del mar,  
el frescor del crepúsculo,  
los diamantes del calor.  
Pero yo, insensato, escribo estas líneas.

Me duermo con una vaga insatisfacción.

- 10 Al despertar, busco con ansias cualquier novedad.  
Falsoo todo porque nada me espera.

- 11 Visitantes en la casa de al lado.  
Rostros tras la ventana.  
Me declaro su enemigo.

- 12 Mi mujer decide tomar otro café.  
Yo espero, sin fuerzas para decir nada.  
Esta noche mi sueño volverá a ser perfecto.

- 13 La rutina se define, pegajosa,  
como un animal doméstico pero no querido.  
Afuera, la vida bulle.

- 14 Blanca y delgada,  
sonríe. Yo sonreiría,  
pero no significa gran cosa.

- 15 Un deseo nítido:  
correr velozmente, estrellarme en el mar.  
Me contento con mirar que otros lo hacen,

- 16 La gente va abandonando la playa:  
niños, canastas, autos empolvados.  
El feriado acaba, menos para mí:  
estoy de descanso.

- 17 Llega una nueva pareja.  
Ella menuda, sonriente.  
Yo sigo dejando que las horas corran,  
que aumente su felicidad.

- 18 Por pura impaciencia,  
grito y doy un portazo.  
¿Qué sigue a ese comienzo?

- 19 Desperdicié mi juventud.  
La madurez es un cuento.  
Cualquier cosa es mejor que esto.

CANTO I

Yo vi llegar la alondra que una noche  
trajera un cielo cárdeno en el pico,  
midiendo las distancias en la sombra,  
en todos los rincones de los niños.

Yo vi llegar la alondra paladeando  
la amarga sangre de la sal del cielo.

Jugaba con sus rizos la mañana.  
Florecía la noche en sus cabellos.  
Eran sus manos un silencio de agua.  
La soledad del viento cuando muere.

Pequeño el sol se hacía cuando hablaba.  
Pequeño el río cuando sonreía.  
Pequeño el mundo cuando no cantaba.

Después la niña corza, azul deleite.  
Atmósfera del cielo, linda bestia  
que el hombre descubrió una mañana.

No tiene el día libertad más pura  
que la que nace de sus ojos muertos.

Por ella, tierra, mar, la misma rosa,  
hacen interminable su lamento.

Cuando salía al campo era su cuerpo  
la flecha que en la luz se desvanece.

**A**penas hay un lirio caído en la mañana.

**B**ebí la luz de sus cabellos pálidos.  
La piel aceitunada de sus párpados.

Canté el eclipse de una tarde antigua.  
Dije mi pena con ternura boba.

Traje mi voz del paraíso enano de las tórtolas.

Imágenes de niebla.

Arcángel, negra osa,  
tan tristemente muertos.

¿Cuándo perdimos la alegría?  
¿Cuándo hubimos de abrazar al ángel negro?

La insatisfecha soledad del hombre.

**Y**o sé que el mar se alejará un día.

Sé que la tierra trocará su eje  
por el de un trompo musical y breve.

Sé que el pavor inundará los campos  
al ver caer la luna abierta al fuego.

Y todo el año lloverán los pájaros  
—manantial de caricias y desvelos.

Mas el dolor no morirá.

## CANTO II

**R**efleja el dolor del día  
mi cerebro encuadernado.

Dibuja el ojo la casa.

Por los rincones hostiles  
busco el callar de las plantas.

La libélula en el aire.

**T**engo las tardes compradas  
por un puñado de sombras.

Mezclo la sal de los cielos  
con la alegría del cuerpo.

Construyo todas las noches  
soledades, ¡ah!, desiertos.

**T**engo el sueño alegre,  
la mirada triste.

Bienhaya el que no se abaja.

Bien hayas  
desgracia, espanto,  
fiebre, mentiras.

Bienhaya  
aquel que tendido vive  
en callado señorío.

**G**acela de ojos de rocío  
con su temblor de adormideras.

Angel caído en mi silencio.

Qué lindo es mirar el campo  
cuando lo queman sus ojos.

Desnudo el día despierta sus cabellos.

El río cantando escala  
las colinas de oro de las tardes.

El río desbordado de su sangre.

Los niños cantan ya:  
—Vendrá, vendrá.

La alondra callará.  
—Ah, ah.

La alondra volará.

Yo te avisaré.

Editorial Losada Peruana S. C. R. L.

Contumazá 1050 — Telf. 289722 — 289160 — 285049

Representantes de la revista "EL CORREO de la UNESCO": una ventana  
abierta al mundo de las artes, la ciencia y la cultura.

## *inger hagerup*

*Mi amante no está aquí.*

*Y no danzo con él.*

*En casa de mi amante danzo sin vestidos;  
porque quiero estar cerca, muy cerca de él,  
en la ventura, el gozo y el pudor.*

*Mi amante no está aquí.*

*No es a él a quien ahora beso.*

*¿Qué aguarda? ¿Qué piensa?*

*Mira, mi boca está prieta de deseos.*

*Mi amante llega y se va.*

*Y tal vez hunde mi puerta y mi regazo,  
mientras la noche es negra como la negra muerte.*

*¿Pero cuándo? ¿Cuándo?*

### **CESAR VALLEJO OBRAS COMPLETAS**

La publicación del mayor poeta peruano constituye el acontecimiento editorial más importante del año.

Tomo I: *Contra el secreto profesional.*

Tomo II: *El arte y la revolución.*

Haga sus pedidos a:

MOSCA AZUL EDITORES

Al primer galope de goterones las serpientes abandonan los árboles del bien y del mal, la hierba, la presa a medio triturar y se juntan en lugares prefijados por la liturgia para adorar al rayo, desprecian al hombre y los animales no sinuosos y no les permiten asistir a sus ceremonias. A lo sumo una lagartija avergonzada de sus patas... y muy en la periferia. Los nubarrones cierran a curiosos el horizonte (en sus vientres el paraíso prometido), un trueno tañe la inminente venida, y dios cae y cae brutalmente agregando a su esencia todo lo alumbrado. En el paroxismo del éxtasis las serpientes invaden los pararrayos, pero El las desoye prodigándose entre carneros desguarnecidos, carrocerías, campesinos.

Se consuelan peregrinando hacia las viejas anguilas eléctricas arrojadas por las mareas en invierno.

Mucho indio hubo aquí, el milimetraje cúbico de sus periódicas sangrías no alcanzaba nunca el subido de las lluvias, sequías no llegaban, ríos nunca abandonaban sus cabales, terremotos reducidos en sus cuevas, enfermedades pocas, y domésticas.

Uno de ellos inventó un instrumento para que zapatearan los dioses, a un esqueleto enemigo le tensó seis cuerdas desde los dientes hasta los dedospies con tripas de la cabra más alturadora. Pulsó su primera tonada, salmodiado tristón a piedras lentirrodando falda abajo, e inmediatamente cuatro cercanas hueserías de puma se precipitaron a sus pies arando suelo con los colmillos sobrevivientes. Encendió más su tonada y el cementerio rompió diques lanzándole encima parte de la esqueletería. Puso la vida en el instrumento y los huesos de su numerosa familia se arrancaron en masa desmoronando cuerpos por toda la choza.

Poco después desembarcábamos los sembradores de fresas, hallando escaso guerrero en contra. Sólo un partida de seiscientos indios torpes entablillados con cañas de ríos que rasgueban agresivamente esqueletos encordados. Acorazados como estábamos pudimos contener nuestros huesos y reventar sus cañas bajo nuestros caballos. Luego nos multiplicamos con las fresas.



Nací con tres cruces sobre la espalda que a los catorce años se erectaron como en el Gólgota, habitadas por un Cristo, dos ladrones y una virgen cartilaginosa a los pies de su hijo.

Un inquisidor del XVI empapado de asombro cabalgó para admirarme cuatrocientos años sobre un Laudamus Te de nerviosas corcheas. ¡Santo varón! Ganado por la lisonja monté con él. Me esperaban una multitud arrodillada y un anda de plata sobre las cuales me lanzaron a recorrer calles empedradas al son de flores, incienso, tullidos gritones y negromóviles novenarios que de cuando en cuando rapidez de serpiente una beata me clavaba un milagruto de plata en la espalda e ipsofacto se devolvía a su racimo antes de que los inquisidores pudieran advertirla.

A lomo de un estentóreo Laudamus de 6 voces, salté a la Edad Media en busca de mayores admiradores. "De señores e vasallos, de reys e emperadores, no obo en todo el siglo omne tan venerado. Sobre su espalda a Don Cristo, Sancta María e los ladrones levava. Todos fablaban del e muitas yglezias mandarose facer para bendecir los sus grandes miraclos. Uno muy fermoso querríe contar vos para ejemplo e buen aprovechamiento: Un iudío de Toledo, embiado del maligno, priso a tan sancto varón. Queríe verle muerto el loco malfadado e fizo encender un forno grande e fiero que fazíe grand pavor e queríe dar con él en fuego. Sancta María, que vide al su siervo tan quebrantado, dió grand voz e poso miedo en la mente del iudío. ¡Dessad, bestia del pecado. Fazeis grand iniquidad! En castigo fizo del iudío omne pequenno e crucifixolo en la espalda en logar del ladrón malo. Todo est vide e pose en la mi torpe escriptura para que mientre el mundo sea, tan buena hazanna metá gozo en las almas piadosas".

Abandonada de cultos al pie de la carretera, la iglesia parece en todo momento acabada de melancolizar. Dentro, el polvo ha construido sesenta hileras de bancas, quien se sienta agoniza imperceptiblemente... una molestia en el hígado, el corazón que cabecea, van durmiéndose los músculos, demasiado sopor la voluntad para retroceder... Al frente, un gran forado continua despidiendo al altar. El púlpito, tallado en pepa de palta fugaz, brotea.

Extendí las palmas sobre el cáliz, una oración musitada en ropa de baño metía los piesecitos cantando la temperatura del vino ¡20° Gra-

dos! Ordené campanillas definitivas y Cristo descendió prudenciando el aire frío de la mañana con las plantas desnudas. Bajé la vista deslumbrado y escuché sus chapoteos, nadaba seguramente, como en galaxias, torciendo los átomos del viento hacia la sangre. Incapaz de levantar un ojo siquiera, susurré de nuevo la oración Zambúllete y me cuentas luego cómo se transubstancia. Timidosa, equilibró el potito en el borde del cáliz y enterrojos manotazos desesperados descubrió a Cristo atado a un calambre que lo arrastraba al fondo.

...me deslizo al frío de las baldosas, queda en la banca una huella honda como fosa.

## 5

Tiranía del coito nunca realizado.

Ansia de pan emanabas, lo preparaba y tu horno escapaba rodando al medallero familiar y regresaba tintineando puestas. Mi pan se daba de narices, y hasta otra noche. A la mañana siguiente, ni tú podías explicar el círculo de frustradas teteras que no habían podido saltar a tu cama. ¡Se ha perdido la noción del respeto-vociferaba tu padre, e iba a gritarle cuatro mierdas a la servidumbre por corromper a la fiel platearía inglesa.

Hasta que un día me lo propusiste chasqueando la mirada, ni tan lo esperaba que te seguí callando el asombro. Es tuya la idea. Por si acaso, te advertí de los óvulos que giran alrededor de toda mujer esperando hombre que los precipite en niño.

—¿De veras?

Maravillada por la revelación te ensimismas buscándolos mientras te desvisto, por traslúcidos no los hallas y amenaza írsete la noche hurgando recodos de techo. ¡Tienes pechos lindos! Te derrumbas a mi lado con agradecida incredulidad-tras la puerta, la amiga que nos ha tendido el cuarto enhebra una sonrisa en la aguja del tocadiscos y lo enciende, arañó tus puertas, hay temorcillo en el pelo púbico. ¡Anda, que no soy punta de daño?

—¿Serás de música entonces...?

Y hasta que no prometa sacarte las canciones de Serrat que canta el tocadiscos, no quieres que surque tu dentro. Está bien amorcito, pero serrats no, te grabaré en el útero a esos cuatro negritos balde, botella, y cucharas de las salidas de cine fino. Cada vez que te penetren los escucharás en los cuatro rincones de la cama. Prometido.

Saco un preservativo de mi billetera, no voy a entrar sin guantes.

—¡Un alkaseltzer de canela!

Ni lo abrí.

No necesité Rodrigo de Triana para tu descubrimiento.

La música abollaba el techo cuando apareciste. Te saqué a bailar, tu camisa de toalla secaba tu incandescencia-para-mí, dejándome apretarte sin peligro de ampollo. Me encendí contigo, par de presidentes visitándose al son de papel picado y gritería de glóbulos calientes.

Dejarás esos pudores de nylon.

Te desvestiré sobre el sillón de la mismísima salita de armas contigua al dormitorio de tu padre, y suave en tabogán resbalentará mi pene arrastrando temorcillos, no violentamente —pene respetuoso— lo dejarás surcarte a todo nado, precipitarte todo ese semen neblinoso sobre Lima, del que las madres andan sempre protegiendo a sus vírgenes ¡Cuidate hijita, tápate bien!, pero ahora a lo selvático te vas a empapar hijita, daremos marcha al orgasmo, enronquecerán tus caderas— aceleraré mis movimientos hasta el límite del velocímetro. Irán bajando los sables de sus clavijas y en difícil equilibrio sacarán pecho por la pareja vigilarán los fusiles hechas corazón las caserinas.

Y si aparece tu padre... ¡Carajo que...!

**INTRODUCCION**

Entrego al público este libro con perplejidad. Iba a decir con admiración, pero corría el riesgo de ser malinterpretado: la palabra es ambigua y alguien la hubiera podido coger por el lado estético. Porque ocurre que yo, con la literatura, no tengo más vínculo que el establecido por una, si bien añosa, discreta condición de lector. En cambio, con Abraham Phill mi relación fue más directa y estrecha, pues el autor de los versos que este tomo recoge fue, durante cerca de veinte años, mayordomo de mi residencia. No hablamos mucho en ese largo tiempo, es verdad, pero mi afecto por ese servidor, perfecto como no he visto otro, ha sido muy grande.

Abraham fue, con todos, incluido el personal de servicio de mi casa, un hombre atento y silencioso. Al parecer nunca nadie tuvo acceso a su intimidad. Su vida solitaria fue —ahora me entero— un misterio que nadie supo ver como tal hasta su muerte. Yo mismo, que lo quise, advertido con sorpresa que nada puedo informar sobre él, nada sobre su vida. Cuando enfermó y hubo de ser trasladado al hospital, pudo advertirse su absoluta desvinculación: ni parientes ni amigos, nadie se interesó por Abraham en todo el trascurso de su larga enfermedad. Murió solo y tranquilo, como había vivido y hube yo de disponer sobre su sepelio y sus sobrias pertenencias. Entre ellas encontré una Biblia (ningún otro libro) y tres cuadernos.

En dos de ellos me sorprendió hallar una escritura de líneas irregulares que resultaron versos. No soy especialmente aficionado a la poesía, aunque en mi biblioteca hay buenas ediciones de poetas clásicos y otros famosos de hasta el siglo XVIII. No he ido más adelante por no haber tenido tiempo ni paciencia para descifrar a los modernos. Digo esto por un doble motivo:

1) Para explicar la publicación que asumo de este libro. Confieso que, en realidad, no alcanzo a discernir si los poemas de Abraham son o no buena poesía, pues no se parecen a nada que yo haya leído, aunque me inquietan; diría que hasta me perturban un poco. Abraham fue un servidor de perfección y pulcritud incomparables, pero jamás pude advertir que algo singular alentara en su alma. Ahora lo leo y me conmuevo y, como apreció el arte, no querría que por mi indiferencia algo tal vez valioso se perdiera.

2) Para excusarme de haber incurrido en error en el caso de que Abraham no hubiera hecho otra cosa que copiar en sus cuadernos las composiciones de algún poeta que le gustaron y que tanto yo como aquellos a quienes he consultado desconocemos.

Así pues, este libro es, fundamentalmente, un homenaje a la memoria de un hombre honesto y leal. Sé que esta expresión de mi gratitud —que él jamás conocerá— no tiene por qué importarle a nadie, pero la invoco como advertencia al lector respecto del verdadero sentido de esta mi primera y última aventura editorial.

Georgetown, junio de 1965

H. G. Reynolds

## DEL TIEMPO

*Mi reloj es obstinado.  
Le tapo su gran ojo  
con un trocito de paño  
pero camina  
toc toc toc toc  
con su pata de palo.  
Mi reloj es de buen precio.  
Tiene una sola manecilla, es cierto,  
pero su otro brazo  
remata en un garfio.*

## DEFENSA

*Sobre un gran libro  
he reclinado mi cabeza.  
Siempre fiel a esta tierra  
la he seguido en sus vueltas  
sin quitarle mis pies  
de otra manera  
que uno por uno,  
cuidando siempre de tener  
el otro en ella.  
En las noches  
sobre un gran libro  
he reclinado mi cabeza.*

## PAISAJES

*No es recomendable mirar por la ventana.  
Allá está el campo azul  
y hasta el cielo es intenso.  
Una pared, en cambio, enfrenta a la otra*

*y ambas sostienen un mismo y ciego techo.  
No es recomendable abrir una puerta  
que no conduzca a otra puerta.  
Lo sensato resulta  
abrir un cajón  
y mirar atentamente.  
Quizás alguna vez  
se encuentre allí un cuchillo  
azul e intenso.*

## TEMPERATURA

*Es inútil buscar algo más tibio  
—aseguraba mi padre—  
que un cuerpo de mujer bajo una manta.  
Mi madre —oh, qué bien lo recuerdo—  
estaba helada al morir.  
El buen viejo  
continuó vivo largo tiempo.  
Igual que yo: ni frío ni caliente.*

## HUMOR

*Ayer tocaron a la puerta.  
No, nadie hay, señor,  
aunque puede usted acomodarse  
en un sofá y esperar.  
No, no es probable  
que alguien venga.  
Ayer, muy seriamente.  
La sonrisa no es un tragaluz  
ni una moneda.*

## EL VIAJERO

*Después de un viaje  
es placentero sentarse  
a fumar una pipa.  
Sí, señora Dalloway,  
es cruel el tigre,  
si bien nada quizá  
sea mejor que morir en su abrazo.  
Yo he fumado tantas veces*

*sobre esta amada silla  
que bien puede creerme.  
Beba tranquilamente su té  
y sírvase  
de este consejo.*

## CENA

*Tensa bestia al acecho  
sonrío y tengo  
los ojos como una caja  
de alfileres  
mirándola,  
señora,  
mientras sus dientes  
destrozan el ave  
con implacable delicadeza  
Mientras su pecho henchido  
palpita  
bajo las galas de su traje  
a su lado,  
señora,  
sonrío y la miro,  
cortésmente.*

DANTE ALIGHIERE

**La Divina Comedia**

Trad. de Angel Battistessa.

Fondo Nacional de las Artes.

Ediciones Carlos Lhole. Buenos Aires. Argentina.

## *textos y autores*

Conrad Alken, uno de los más importantes poetas norteamericanos del presente siglo falleció a la edad de 84 años en el mes de setiembre. Publicó alrededor de cuarenta libros entre los que se cuenta poesía, novela, cuento y ensayo. La selección que publicamos pertenece a sus libros más representativos, y ha sido tomada de la 2ª Edición de los *Collected Poems*, New York, Oxford University, 1970. La traducción es de la poetisa peruana Mercedes Ibáñez Rosazza.

De Luis Freyre Sarría, joven narrador peruano, publicamos estos relatos que forman parte de un libro de próxima aparición.

Los poemas de Izumi Shikibu Nikki han sido traducidos del inglés por José Miguel Oviedo.

El poema *espera* de Inger Hagerup ha sido tomado de *Videre* (Stockholm P.A. Norsted & Soner Forlag 1944) y ha sido traducido por J.S.

*Instancia de la angustia* es uno de los libros del poeta peruano Ricardo Peña Barrenechea que había permanecido injustamente inédito. Fue escrito en 1931.

En un territorio de habla inglesa de América del Sur apareció en 1965, un curioso libro titulado *Poemas*. Su autor —Abrabam Phill— había muerto algunos meses atrás y nadie, en el pequeño mundo de las letras de Georgetown, supo, hasta la aparición de ese breve volumen, nada de él. Lo editó H.G. Reynolds, un acaudalado vecino de la ciudad, en cuya residencia Phill sirvió como mayordomo. Aparte de lo que dijo en la introducción del libro, Reynolds se negó a decir nada más y a conceder entrevistas sobre el insólito caso. La versión castellana que damos de la introducción de Reynolds y de los poemas de Phill fue hecha por Abelardo Oquendo.

---

***Creación & Crítica***  
Ediciones de La Rama Florida

---

**Directores:** Javier Sologuren  
Armando Rojas  
Ricardo Silva-Santisteban

**Correspondencia, suscripción y canjes:** Alfonso Ugarte N° 284, Lima 32  
Teléfono 61-4353.